KOZUMI

El teatro del viento

Los cielos fueron siempre la pantalla de la disonancia, una bóveda de órganos celestes donde los ancestros deletreaban el clima con los párpados invertidos. Ellos —los del fuego líquido en la lengua— leían las entrañas de las nubes como si fueran papiros en combustión. No había agricultura, ni canción, ni muerte que no pasara por el quirófano del firmamento.

En el Este, donde las palabras se arremolinan como incienso en la boca de dioses sin rostro, nació el Kozumi: una disciplina, un presagio, una confesión atmosférica escrita en la tinta efímera del vapor.

Era más que mirar arriba.

Era ser tragado por la bóveda.

Era dejar que los pulmones fueran bufones del cielo.[1]

***

[1] La observación de nubes y fenómenos atmosféricos como una práctica milenaria es un hecho bien establecido en muchas culturas alrededor del mundo. Desde tiempos ancestrales, las personas han observado y estudiado el cielo y las nubes para comprender el clima, predecir el tiempo y obtener información útil para la agricultura y otras actividades diarias.

En la cultura oriental, la observación de las nubes ha sido una parte importante de su cosmovisión y literatura. Los antiguos pobladores valoraban la naturaleza y encontraban en la observación de los fenómenos atmosféricos una conexión con el mundo natural y lo divino. La naturaleza efímera de las nubes también ha sido una fuente de inspiración para poetas y artistas, que han utilizado las nubes como metáforas para expresar emociones y reflexiones sobre la vida y la existencia humana.

Dicen que Marco Polo—el mensajero veneciano del eclipse— encontró las islas de Cipango: un delirio de tierra rica y deseo metálico.
Pero las nubes allí no eran nubes,
eran testigos.
Eran dientes.

En su crónica deformada por la pólvora y el tributo, se esconde la práctica del Kozumi:
el arte de leer la furia suspendida,
de predecir naufragios en la saliva de un cumulonimbo,
de saber que el cielo no olvida a los profanadores.

***

Los mongoles, embriagados de conquista, saquearon campos que hablaban en silbos.
Entonces llegó el viento —
ese viento que no es viento sino un grito antiguo.
Barcos retorcidos, nombres borrados por espuma furiosa.
Abatan y Volsanicin, dos espadas enemigas unidas por la torpeza,
bailaron su última danza sobre tablones podridos,
y el Khan —ese Saturno mongol—
se bebió sus fracasos en copa de castigo.

***

Cipango, esa herida entre mares, ofrecía cielos que mutaban como humores:
rosas que sangran, rojos que supuran.
Las nubes danzaban con extremidades de coral,
desplegaban símbolos que solo los ojos desentrenados creían azar.
Pero los cipanguenses —recolectores de susurros celestes—
sabían cuándo vendría la lluvia,
cuándo la luz cortaría las cosechas,
cuándo el espíritu del trueno pediría tributo.

***

En sus leyendas, las nubes eran dioses encubiertos,
mandíbulas con voz propia.
No se adoraba el cielo:
se temía.
Se honraba su poder como se honra al bisturí:
con respeto y una cuerda al cuello.

***

Kozumi no es solo mirar hacia arriba.
Es permitir que el arriba entre por tus ojos,
se arrastre por tu espina dorsal,
y escupa visiones en tus sueños.

Marco Polo solo abrió un cuaderno.

El cielo escribió por él.[2]

[2] El Kozumi es una antigua disciplina oriental que se centra en la observación y estudio de las nubes. A lo largo de la historia, esta práctica ha sido transmitida de generación en generación y ha sido utilizada por diversas culturas para predecir cambios climáticos y eventos naturales. Un ejemplo destacado de la aplicación del Kozumi en la narración histórica se encuentra en los relatos del famoso viajero veneciano, Marco Polo, sobre las misteriosas islas de Cipango, en el Lejano Oriente.

En sus viajes a tierras orientales entre los años 1271 y 1295, Marco Polo describió detalladamente las maravillas que encontró en sus exploraciones. Como sabemos, Marco Polo viajó por aquella región estando al servicio de los mongoles y su diario de viajes servía tanto como fuera posible a este rey, celebrando y publicitando sus conquistas. Entre los lugares más notables, mencionó las Islas de Cipango, un misterioso archipiélago ubicado en algún lugar de las costas de Asia Oriental. Según los relatos de Marco Polo, Cipango era una tierra exótica y rica, con abundancia de tesoros y paisajes deslumbrantes. Sin embargo en esta isla, los mongoles vieron doblegarse su voluntad. No lograron apoderarse del territorio. La derrota sobrevino de la mano de desastres climáticos muy particulares y que costaron la vida de dos tercios de la navegantes mongoles enviados para tal fin. Marco Polo registra estos hechos, los cuales coinciden con el desembarco y saqueo de unas granjas. Tras este acto de pillaje, que en un guerrero mongol era más bien un acto de brutalidad y salvajismo, comenzó a soplar un viento muy intenso. Alertados por los de la armada, dieron orden de volver, ya que si no alzaban anclas, acabarían estrellándose todas las embarcaciones. Los barones que comandaban las empresas fueron los célebres Abatan y Volsanicin, guerreros expertos y venerados por los suyos, pero que no se tenían simpatía el uno con el otro. Siempre hacían lo contrario a lo que el otro decía. Pese a ello sobrevivieron a la travesía, con tal fortuna que el mismo Khan les cobró con sus propias vidas por haber fracasado en aquella empresa.

A lo largo de sus escritos, Marco Polo hace referencia implícita a la práctica del Kozumi, ya que muestra una notable atención y detalle en la descripción de los fenómenos naturales que encontró durante sus viajes. En particular, sus observaciones sobre las nubes en las Islas de Cipango son curiosas.

Cielos Cambiantes: Marco Polo describió que los cielos de Cipango eran un espectáculo en constante cambio debido a la presencia de nubes de formas y tamaños diversos. Mencionó cómo estas nubes, impulsadas por los vientos marinos, pintaban cuadros cambiantes en el horizonte, llenando el cielo de colores fascinantes que variaban desde el rosa suave hasta el rojo intenso durante los atardeceres.

Nubes de Lluvia: En sus escritos, Marco Polo habla de nubes grises y densas que a menudo se acumulaban sobre las montañas de Cipango. Estas nubes, según sus observaciones, traían consigo lluvias refrescantes que alimentaban los fértiles campos de la región. Además, menciona cómo los nativos de Cipango estaban hábilmente sintonizados con estas señales naturales y sabían cuándo prepararse para las lluvias y cuándo disfrutar de días soleados.

Los pliegues del Cielo se tragan al Imperio

El Kozumi no es una práctica.

Es una fractura.

Un susurro telúrico atrapado en la médula de las nubes.
Los que lo conocen no lo estudian; lo padecen.

Su rastro gotea en manuscritos polvorientos, en papiros con las esquinas roídas por el viento. Uno de ellos, un pergamino mongol maldecido por su propio alfabeto, lleva el nombre de Abatan —ese guerrero del Norte con manos teñidas de súplica— y la isla fantasma de Cipango.

Cipango, ese espejismo de islas amuralladas en vapor y resistencia.
Donde las espadas mongolas se oxidaron sin cortar carne.
Donde el cielo tenía dientes.[3]

Nubes en la Mitología y la Cultura Local: También se dice que en las leyendas locales de Cipango, las nubes desempeñaban un papel significativo en la mitología y creencias de los habitantes. Según sus relatos, los cipanguenses adoraban a deidades relacionadas con el cielo y las nubes, lo que evidencia la profunda conexión entre la práctica del Kozumi y la vida cotidiana en estas islas.

A través de sus narraciones sobre las Islas de Cipango, Marco Polo no solo reveló el exotismo y la riqueza de esta tierra lejana, sino también la influencia de la práctica milenaria del Kozumi en sus descripciones. Sus observaciones detalladas sobre las nubes y los fenómenos atmosféricos sugieren que esta antigua disciplina oriental tuvo un impacto en la forma en que percibía y transmitía su experiencia de estos lugares remotos. La práctica del Kozumi continúa siendo una parte importante de la historia cultural y científica de las civilizaciones orientales, y su legado perdura hasta nuestros días.

[3] El Kozumi, una práctica ancestral oriental centrada en la observación de las nubes y fenómenos atmosféricos, ha dejado su huella en diversos relatos históricos de viajeros que exploraron tierras desconocidas. En un antiguo pergamino mongol figura la relación de Abatan en la isla de Cipango. Esta crónica fue dictada a uno de los escribas del Gran Khan, mientras el guerrero permanecía exiliado en las montañas. Regresar significaba la muerte. Sin embargo el Gran Khan, tan curioso como poderoso, quería conocer todos los detalles de la derrota de su ejército. Así fue como se compuso esta extensa relación, la cual comienza con el abordaje a las islas de Quinsai y Caiton. Hay una minuciosa descripción del

***

La crónica de Abatan fue dictada desde una celda de piedra donde la humedad cantaba más fuerte que el recuerdo. Exiliado a las montañas, esperaba la muerte como quien aguarda la última nota de un sitar roto. El Gran Khan, esa entidad de mil ojos y ningún corazón, no pidió justicia. Quiso saber.

—Dame la derrota —ordenó—.

—Desnuda el cielo para mí.

Y los escribas, encapuchados en silencio, transcribieron sin parpadear el viaje hacia el fin. Comenzó con Quinsai. Con Caiton. Con hogares rotos como cántaros en manos de brutos celebrando su brutalidad. Abatan, aún en su ceguera ritual, creyó que cada grito era una ofrenda. Que cada niño arrojado al fuego lo hacía más amado por su Khan.

Pero el Khan ya no era nómada.

Ahora tenía muros.

---

maltrato a os nativos y cómo violentaron sus hogares. Abatan creía que estas muestras de crueldad lo enaltecían ante su señor, pero ignoraba que los tiempos estaban cambiando, y también las costumbres del pueblo mongol (ya no era un conjunto de carpas nómades, sino un reino vasto con una organización lo bastante sólida como para enfrentarse a Occidente), ya no buscaban la aniquilación de lo distinto. Fue precisamente por ello que el Khan ordenó ejecutar la relación a sus escribas, con órdenes precisas de no interrumpir al prisionero y registrar cada una de sus palabras. El Gran Khan quería conocer, quería saber qué misterios e incógnitas guardaba aquella isla que consiguió vencerlos, el motivo de su derrota y si existía un arma más poderosa que su ejército. Esta curiosidad fue satisfecha. Porque en la relación, Abatan cuenta detalladamente los percances de las tormentas de viento que los hicieron encallar y destruir tantas naves entre las rocas. Abatan dice que los monjes practicaban un extraño ritual que consistía en mover el viento a voluntad. Desafortunadamente, el Gran Khan moriría antes de ser terminada la redacción del manuscrito y no llegarían esos datos a la corte son hasta dos generaciones más tarde. Y todo esto no seria tenido más en cuenta que como una fábula o superstición.

A lo largo de los siglos, otros aventureros han registrado sus experiencias y descubrimientos, y muchos de ellos han prestado especial atención a los cielos cambiantes y las formaciones de nubes que encontraron durante sus viajes. A continuación, se presentan algunos ejemplos notables de la presencia del Kozumi en distintos relatos de viajeros históricos.

Y murallas.

Y leyes.

El imperio ya no comía tierras, las archivaba.

***

Cuando llegaron a Cipango, el cielo se partió en diagonales imposibles.

Las tormentas descendieron como juicios divinos, guiadas por manos invisibles.

Los monjes —espectros con túnicas bordadas de viento—, alzaban los brazos, y las nubes respondían.

Abatan dijo haber visto al viento doblarse en reverencia.
Dijo haber escuchado la risa de las montañas ahogando los mástiles.
Dijo que sus barcos no naufragaron: fueron expulsados.

Y aunque lo escribió en voz viva, el Gran Khan murió antes de leer el final.
Las últimas páginas se deshicieron en la humedad de generaciones indiferentes.

Lo llamaron fábula.

Lo llamaron superstición.

Pero el viento no olvida.

***

Otras voces siguieron. Otros ojos bajo otros cielos:

Ibn Battuta, el tejedor de horizontes islámicos, anotó en sus cuadernos cómo las nubes trazaban sutras sobre el cielo del Magreb.

Decía que las formaciones celestes eran alfabetos líquidos y que los beduinos las leían como revelaciones.

Von Humboldt, con su mente-cuchillo, viajó entre lianas y temblores de la América húmeda.

Clasificó nubes como quien disecciona un dios.

Le puso nombres a lo innombrable.

Quiso domar al Kozumi con ciencia.

Mary Kingsley, navegante de selvas que silban, registró cielos rotos sobre África occidental.

Describió nubes como vísceras suspendidas, llenas de humedad que no perdona.

Fue Kozumi sin saberlo.

Mujer entre espectros de humedad y memoria vegetal[4].

[4] Ibn Battuta y las Nubes en el Mundo Islámico:
En el siglo XIV, el viajero marroquí Ibn Battuta recorrió vastas extensiones del mundo islámico y más allá. En sus crónicas, hizo referencia a la práctica del Kozumi al describir los cielos y las nubes que encontró en sus viajes. Desde los desiertos del norte de África hasta las montañas de Anatolia, Ibn Battuta hizo observaciones detalladas sobre las formaciones de nubes y su papel en los patrones climáticos y la vida de las comunidades locales.

Alexander von Humboldt y la Observación Científica de las Nubes:
En el siglo XIX, el naturalista y explorador prusiano Alexander von Humboldt realizó una expedición científica a América del Sur. Además de sus investigaciones en geografía y biología, von Humboldt también prestó especial atención a la observación de las nubes y fenómenos atmosféricos. Sus anotaciones detalladas sobre la formación y clasificación de las nubes en sus escritos han sido consideradas como una contribución significativa a la meteorología y reflejan la influencia del Kozumi en la observación científica de la naturaleza.

Mary Kingsley y las Nubes en África Occidental:
La exploradora británica Mary Kingsley, a finales del siglo XIX, recorrió África Occidental y se convirtió en una de las primeras mujeres en explorar y documentar la región. En sus escritos, Kingsley describió las nubes y los cambios climáticos que experimentó en sus viajes a través de selvas y ríos. Sus observaciones sobre los cielos cambiantes y las nubes tropicales demostraron cómo la práctica del Kozumi también influyó en las narrativas de mujeres exploradoras.

***

Lo que une estas crónicas no es la geografía.

Ni la cronología.

Es el cielo.

Ese teatro que respira.

Kozumi es el ojo dentro del ojo.

La pupila que parpadea en el relámpago.

La herencia está en cada nube,

en cada viajero que miró hacia arriba

y creyó que el cielo respondía.

Porque siempre lo hace.

Solo que no siempre estamos escuchando.

La práctica milenaria del Kozumi ha dejado su huella en los relatos de viajeros históricos de diversas épocas y regiones del mundo. A lo largo de los siglos, estos aventureros han prestado atención a los cielos cambiantes, las formaciones de nubes y los fenómenos atmosféricos durante sus viajes y exploraciones. Desde Marco Polo en el Lejano Oriente hasta Mary Kingsley en África Occidental, la observación de las nubes ha sido una parte significativa de la experiencia de estos viajeros y ha enriquecido la forma en que describieron y comprendieron las tierras desconocidas que encontraron en sus caminos. La influencia del Kozumi en estos relatos históricos continúa siendo una prueba de la importancia de esta disciplina en la percepción de la naturaleza y el mundo que nos rodea.

Un desierto de palabras no puede nombrar la arena

El Kozumi —o Kansoku Kumotsu, si el susurro te llega en japonés antiguo como un eco suspendido en los tendones de la bruma— no es tanto una práctica como una herida ritual que se abre en el cielo cada vez que el ojo humano se atreve a mirar más allá de la forma, más allá del contorno. Fue, es, será una marea de nubes enloquecidas, un ballet de espectros en estado de ebullición gaseosa, una danza devocional entre el colapso del cielo y el estremecimiento de la tierra. No existe archivo confiable, sólo susurros en papiros agrietados, sangre seca de tinta filtrada en los pliegues de pergaminos que parecen respirar. El Kojiki lo menciona, tal vez, en clave de fiebre; como un vómito sagrado que brota de la garganta de un Kataribe atrapado entre el mundo y el murmullo de los dioses licuados.

Lo que sigue es una evaporación: en el Manyoshu, una pincelada fugaz entre las grietas del folklore, como si las nubes fueran heridas abiertas en el firmamento por las uñas de un dios que olvidó su nombre. Y luego, súbitamente, el silencio del Sanndayshu: la amputación canónica de lo incómodo, el bisturí filológico borrando rastros de una sabiduría indócil. Pero no todo se disuelve: en los Uta Monogatari, los ecos persisten, se cuelan en las grietas de la ficción como una larva que se niega a morir. El Ise Monogatari gotea imágenes, saliva celeste; el Konjaku Monogatarishu, por su parte, implosiona en fractales de narración transnacional, donde lo japonés se desborda hacia lo chino, lo indio, lo exótico inasible.

Li Po, el alquimista ebrio, el médium vertical entre el vino y la atmósfera, entre la palabra y la evaporación de lo real[5]. Él no escribe sobre nubes, él las

[5] Li Po (Li Bai), conocido como uno de los grandes poetas de la dinastía Tang en la antigua China, es famoso por su poesía lírica y su profunda conexión con la naturaleza. A lo largo de su obra, Li Po hizo numerosas referencias al Kozumi, la milenaria práctica de observación de las nubes y los fenómenos atmosféricos, demostrando su aprecio por la naturaleza y su comprensión de los misterios del mundo.

La Observación de las Nubes en la Poesía de Li Po:
En muchos de los poemas de Li Po, se encuentran descripciones detalladas de las nubes y el cielo. Él expresó una gran admiración por la belleza cambiante de las formaciones de nubes y capturó con maestría los sutiles cambios de luz y color en el firmamento. Estas referencias poéticas a las nubes sugieren que Li Po estaba profundamente conectado con la práctica del Kozumi y valoraba la observación de la naturaleza como una fuente de inspiración para su poesía.

La Naturaleza Efímera de las Nubes y la Vida en la Poesía de Li Po:
Al igual que la práctica del Kozumi resalta la transitoriedad de las nubes, Li Po también enfatiza la naturaleza efímera de la vida humana en su poesía. En muchos de sus versos, compara la fugacidad de las nubes con la brevedad de la existencia humana, reflexionando sobre la impermanencia y la inevitabilidad del cambio. Su poesía evoca la belleza y melancolía de la vida, enfatizando la conexión entre la naturaleza y el ser humano.

La Inspiración de la Naturaleza en la Poesía de Li Po:
El Kozumi y la observación de las nubes no solo sirvieron como una fuente de inspiración para Li Po, sino que también reflejaron su comprensión de la interconexión entre el hombre y el mundo natural. A través de su poesía, Li Po buscó transmitir una profunda apreciación por la naturaleza y el papel del ser humano en el universo. Sus versos invitan a la contemplación y la reflexión sobre la armonía entre el cielo y la tierra, y la belleza inefable de la existencia.

La Influencia Duradera del Kozumi en la Poesía de Li Po:
El Kozumi y la observación de las nubes dejaron una marca perdurable en la poesía de Li Po y en la literatura china en general. Su enfoque en la naturaleza y su habilidad para capturar la esencia de los fenómenos atmosféricos trascendió las fronteras y las épocas, convirtiéndose en una inspiración para futuros poetas y artistas en todo el mundo.

El poeta Li Po se destacó por su profunda conexión con la naturaleza y su aprecio por los misterios del mundo, incluida la práctica del Kozumi. Su poesía evoca la belleza y transitoriedad de las nubes, reflejando la impermanencia de la vida y la armonía entre el ser humano y la naturaleza. El legado poético de Li Po sigue siendo una poderosa inspiración para la apreciación de la naturaleza y la reflexión sobre la

exhuma. Cada poema suyo es un parto de vapor, un grito hídrico que se transforma en símbolo antes de llegar al oído. Li Po observa no para describir, sino para abrirle un tajo al paisaje, para dejar que el cielo se desangre en palabras. La nube es su cómplice y su condena, un espejo convulso de la existencia: efímera, sí, pero también cruel, como todo lo bello que insiste en no durar.

Y entonces el haiku: esa navaja de tres versos afilados con saliva y estación. Una forma mínima, pero no menor; un filo que corta en diagonal el instante. La nube aquí es más que nube: es signo, es arquetipo, es la traducción muda del estremecimiento. Harusame, la lluvia de primavera, cae como una lágrima que ya no necesita ojo. Yuki no furishikiru, la nieve que insiste, la que no cae, sino que invade. Cada kigo es un mantra atmosférico, un salmo de lo leve vuelto denso, vuelto materia poética que se disuelve como ácido sobre la página.

Desde el periodo Heian hasta el Edo, el Kozumi subyace como virus, como reliquia en estado de mutación. La nube como símbolo, como útero de la metáfora, como aliento geológico de la emoción reprimida. La estética del

---

existencia humana, perpetuando la influencia duradera del Kozumi en la literatura y el arte a lo largo de la historia.

Haiku y el Kozumi:

El haiku, una forma poética breve y concisa originaria de Japón, ha sido particularmente influenciado por el Kozumi. En este estilo poético, los poetas buscan capturar la esencia del momento presente y la naturaleza en su máxima expresión. Las nubes, con su constante cambio de forma y movimiento, se convierten en un tema recurrente en los haikus japoneses. Los poetas a menudo utilizan las nubes para simbolizar la fugacidad de la vida, la impermanencia y la belleza de lo efímero.

mono sordomudo se desata aquí como llaga abierta, como floración de la tristeza, como súplica ante la belleza que no pide permiso para irse.

El “Libro de Ise” no habla del Kozumi, lo transpira[6]. Cada escena natural es un parpadeo cósmico, una cámara lenta espiritual en la que la nube aparece para nombrar lo innombrable: deseo, pérdida, inminencia. El cielo no es fondo, es protagonista. Las nubes no son ornamento, son oráculo. Sus formas titilan con el pálpito del alma humana.

Porque el Kozumi no se estudia. Se sufre. Se sobrevive. Se escribe como se escribe un exorcismo, con el temblor de quien ha mirado al cielo y ha entendido que está hecho del mismo material que el olvido[7].

[6] Simbolismo de las Nubes en el "Libro de Ise":

Las nubes en el "Libro de Ise" a menudo se asocian con la transitoriedad de la vida y la naturaleza efímera de las experiencias humanas. Las formaciones de nubes cambiantes y su apariencia en diferentes momentos del día y las estaciones se utilizan para reflejar el paso del tiempo y la impermanencia de la existencia humana. De esta manera, el Kozumi y su enfoque en la observación de las nubes influyen en la simbología de la naturaleza en este antiguo manuscrito japonés.

La presencia de referencias a las nubes y su simbolismo en el "Libro de Ise" muestra cómo la observación de la naturaleza, incluida la disciplina del Kozumi, ha sido valorada en la tradición literaria japonesa y cómo ha enriquecido la expresión poética y artística del país a lo largo de los siglos.

[7] El Kozumi ha sido una fuente constante de inspiración en la poesía japonesa, especialmente en el haiku y el tanka, permitiendo a los poetas expresar la esencia de la naturaleza y las emociones humanas a través de la observación de las nubes y los fenómenos atmosféricos. Esta antigua práctica ha dejado una profunda huella en la sensibilidad estética de la poesía japonesa, conectando la naturaleza efímera de las nubes con la fugacidad de la vida y la belleza de lo transitorio. El Kozumi sigue siendo un elemento esencial en la literatura japonesa, perpetuando la conexión íntima entre el ser humano y el mundo natural.

Huellas de la activación poética

El Kozumi, ese artefacto ritual de mirar al cielo hasta que te mira de vuelta, esa úlcera mística incrustada en la córnea del tiempo, sigue parpadeando su mensaje cifrado en murales[8] que no fueron hechos para ser leídos sino respirados. Las islas, esas cicatrices flotantes que quedaron cuando el mundo tuvo fiebre, son el archivo disperso donde el aliento se vuelve tallado. No es historia, es una dislocación del alma por vía atmosférica. Los muros no decoran: testifican. Y lo que testifican no puede traducirse sin perder sangre.

***

Tonga, Samoa, Islas Cook. Nombres que se escurren como aceite sobre una superficie ritual. Allí, la piedra y la madera fueron tatuadas por manos que sabían más de nubes que de palabras. Figuras que observan el cielo no con ojos sino con fracturas abiertas; torsos en trance conectados a las mareas del clima como si fueran cables vivos de una maquinaria cósmica. El Kozumi no es observación: es código cifrado para sobrevivir al diluvio interior. Los murales son diagramas de fiebre. Un calendario hecho con espasmos de luz.

***

Bali y Java, donde los templos vibran en frecuencias que el oído humano solo capta cuando el alma está agrietada. Aquí, el Kozumi se materializa como teatro de sombras en piedra. Deidades con ojos de tormenta y vientres preñados de relámpagos. Espíritus ciclónicos flotan entre relieves que parecen

[8] La práctica milenaria del Kozumi, centrada en la observación de las nubes y fenómenos atmosféricos, ha dejado su huella en la cultura y tradiciones de diversas islas alrededor del mundo. A lo largo de la historia, estas comunidades han tallado murales que reflejan la importancia ritual e histórica del Kozumi en sus vidas cotidianas. Estos murales representan una conexión profunda con la naturaleza y testimonian la sabiduría ancestral transmitida de generación en generación.

haber sido tallados con la uña del trueno. Los rituales, coreografiados entre nubes líquidas y mantras de humedad, invocan lluvias que no solo mojan campos sino lavan culpas heredadas.

***

En las cuevas de Puerto Rico y Jamaica, donde la sal del mar fermenta con los huesos de antiguos observadores, los murales son fragmentos de un grito prelingüístico. Están escondidos como cicatrices debajo de la piel del tiempo. Los indígenas no pintaban lo que veían: abrían portales. Tallaban rutas hacia el interior de la nube, donde los dioses exhalaban verdades inestables. En esas piedras hay mapas que solo se entienden en ayuno prolongado o bajo la influencia de alucinógenos atmosféricos.

***

En Japón, el Kozumi se desliza en silencio, como un fantasma vestido de haiku. Los templos son naves suspendidas que simulan formaciones nubosas. Sus techos no protegen, sino que se funden con el cielo. Los murales allí no gritan ni predican: susurran. Son constelaciones invertidas donde cada línea conecta una emoción que nunca pudo nombrarse. Las nubes no son objeto de contemplación sino parte de la arquitectura de lo sagrado. Cada trazo es un intento de encapsular el silencio antes de que caiga la primera gota.

***

El Kozumi no es técnica, es infección espiritual. Los murales son manifestaciones del virus atmosférico que infectó a las comunidades y las volvió sensitivas al lenguaje de las alturas. Las tallas no informan:

convulsionan. Son la memoria granulada de un saber que no se escribe ni se habla, sino que se absorbe por ósmosis ritual. Las nubes no eran solo clima, eran oráculos en perpetua mutación. Mirarlas era dialogar con lo que el cuerpo aún no entiende pero el alma ya sintió.

***

En cada isla, en cada rincón donde el cielo supo tocar la tierra con dedos de nubes líquidas, el Kozumi dejó una espora, una semilla tallada, un nervio expuesto. Los murales no solo hablan: cantan, rezan, gritan en sordina. Son gramáticas del clima espiritual, partituras del desasosiego cósmico, mapas de la nostalgia atmosférica. El Kozumi aún vive, agazapado en los relieves, esperando que alguien vuelva a mirar el cielo con ojos vaciados de intención. Porque allí, justo allí, entre la observación y el delirio, reside lo sagrado.[9]

---

[9] Murales Kozumi en las Islas del Pacífico Sur:

En varias islas del Pacífico Sur, como Tonga, Samoa y las Islas Cook, los murales tallados sobre piedra o madera reflejan la importancia del Kozumi en la cultura local. Estos murales suelen representar figuras humanas observando los cielos y las nubes, simbolizando el acto ritual de la observación para interpretar el clima y prever eventos naturales importantes, como temporadas de pesca o cosecha.

Murales Kozumi en las Islas de Indonesia:

En las islas de Indonesia, como Bali y Java, los murales tallados han sido una forma de expresar la práctica del Kozumi en rituales ceremoniales y religiosos. Estos murales a menudo representan deidades y espíritus relacionados con la naturaleza y los fenómenos atmosféricos, incluyendo nubes. Los rituales que involucran estos murales buscan la protección y la bendición de los dioses para garantizar buenas cosechas y prosperidad.

Murales Kozumi en las Islas del Caribe:

En algunas islas del Caribe, como Puerto Rico y Jamaica, los murales tallados en piedra o madera han sido utilizados para representar la observación de nubes y patrones climáticos por parte de las antiguas culturas indígenas. Estos murales a menudo se encuentran en cuevas o lugares sagrados, donde se realizaban ceremonias para invocar la protección de los dioses de la naturaleza.

Murales Kozumi en las Islas de Japón:

Lo que queda del Kozumi no son ruinas, sino dispositivos de activación poética. Las islas, esos pedazos errantes de continente que se negaron a hundirse, aún vibran con la frecuencia del primer relámpago. Los murales respiran. Se contraen en la humedad.[10] Y el Kozumi, ese acto de mirar hasta desaparecer, sigue ahí, esperando que alguien vuelva a levantar la cabeza con la fe rota y los ojos abiertos como heridas. Porque en el cielo aún se escribe algo. Y aunque no lo entendamos, hay que seguir leyéndolo con el cuerpo entero.

En Japón, la tradición del Kozumi ha sido honrada a lo largo de los siglos con la creación de murales tallados en templos y santuarios. Estos murales a menudo representan paisajes naturales, incluidas las nubes, que se consideran sagradas y simbolizan la conexión entre el cielo y la tierra. El Kozumi también ha influido en la arquitectura tradicional japonesa, donde los techos de algunos templos están diseñados para parecerse a las formaciones de nubes.

Importancia Ritual e Histórica:

Estos murales tallados sobre las distintas islas demuestran la importancia ritual e histórica del Kozumi en la vida de las comunidades locales. La observación de las nubes no solo ha sido un medio para predecir eventos naturales y garantizar el bienestar y la supervivencia, sino también una forma de venerar y respetar la naturaleza como un ser sagrado. Los murales son una expresión tangible de la sabiduría ancestral y la cosmovisión de estas culturas, que han mantenido viva la práctica del Kozumi durante generaciones.

[10] Los murales tallados en diferentes islas de todo el mundo reflejan la importancia del Kozumi en la cultura, historia y espiritualidad de estas comunidades. Estas representaciones artísticas son una prueba de cómo la observación de las nubes y los fenómenos atmosféricos ha sido una parte integral de la vida cotidiana y los rituales ceremoniales de estas sociedades a lo largo de los siglos. La práctica del Kozumi continúa siendo una fuente de conexión con la naturaleza y una manifestación de la relación profunda entre el ser humano y el mundo que lo rodea.

La bóveda craneal del arte

A través de la niebla de los tiempos, artistas y visionarios levantaron sus manos hacia el cielo, tallando, modelando y dejando en el aire el eco de sus formas. Esas esculturas, esas formas, nacieron en islas perdidas, lugares donde el viento y las nubes se unían en una danza sin fin.[11] La naturaleza misma, como un ser vivo, fue el lienzo y la musa, y el propósito era claro: una conexión, una llamada. Los cielos eran sus aliados, las nubes su mensaje. Pero, con el paso de las estaciones, con el olvido de los hombres, estas estructuras, como los viejos dioses, se desplomaron en el olvido. Hoy, yacen allí, en silencio, sin respuestas, erosionadas por la misma brisa que una vez las inspiró.

La Isla de Yonaguni, Japón – El Rostro de las Nubes, una Ruina Viviente:

Yonaguni, esa isla entre las sombras del mar, guarda en su corazón una escultura, un rostro que mira, eterno, hacia las nubes. El **Rostro de las Nubes**. Fue tallado no solo para la vista, sino para el alma, para que quien lo mirara pudiera ver más allá de lo visible. Los antiguos habitantes lo construyeron con una urgencia casi mística, un deseo de alcanzar el cielo, de leer las señales de las nubes. Como una puerta cerrada que ya nadie sabe abrir, la escultura se ha perdido en la erosión, las líneas desvanecidas, la roca que alguna vez fue una obra de comunión se ha vuelto un eco de lo que alguna

[11] A lo largo de la historia, artistas y visionarios han creado esculturas y estructuras en distintas islas cercanas con el propósito de interactuar y conectarse con la naturaleza, especialmente con las nubes y fenómenos atmosféricos. Sin embargo, con el paso del tiempo y el abandono de estos lugares, estas esculturas ahora yacen desatendidas, testigos silenciosos de un pasado creativo y espiritual.

vez fue. Abandonada, desmoronada, esperando tal vez un regreso que no sucederá. El tiempo no perdona.

Isla de Pascua, Chile – Los Moai, una Larga Mirada Hacia el Abismo:

Los Moai, esas gigantescas figuras de piedra en la Isla de Pascua, miran al horizonte, al cielo, al vacío. Fueron creadas con una urgencia que ahora se ha diluido en el olvido. Eran guardianes de un rito antiguo, una observación celestial, un intento de comprensión de lo divino, de las nubes, del aire que se mueve en el espacio. En sus ojos vacíos, el Kozumi, el arte de leer las nubes, palpitaba. Ellos miraban al cielo, no solo como testigos, sino como oráculos, como puentes entre lo terrenal y lo celestial. Y hoy, muchos de esos Moai yacen caídos, desgarrados, su propósito envuelto en niebla. No son solo estatuas. Son los vestigios de un idioma perdido. El lenguaje de las nubes, que ya no se comprende, sigue flotando, pero ya no hay nadie para interpretarlo.

Las Esculturas Kachina en el Cañón Chelly, EE. UU., y la Larga Oscuridad:

En los acantilados de Chelly, las Esculturas Kachina emergen de la piedra, figuras que representaban espíritus de la lluvia, de los vientos, de las tormentas que traían vida. Estos espíritus eran los ojos de los antiguos, los intermediarios entre lo visible y lo invisible. A través de ellos, las tribus buscaban entender el cielo, predecir el clima, leer los vientos. Y hoy, esas esculturas, erosionadas por las manos del tiempo, permanecen calladas. Son sombras de un acto de fe, desmoronadas por la misma lluvia que en algún momento imploraban. La

conexión se ha roto. La sabiduría que guardaban, como la nube que se disuelve, se ha desvanecido.

Las Esculturas de Piedra en las Islas del Caribe, el Olvido del Viento:

En el Caribe, entre las islas olvidadas, las piedras talladas se alzan, figuras imponentes, cuerpos petrificados que una vez danzaban con las tormentas, con las lluvias, con las nubes. Deidades que no solo representaban a los dioses, sino a los cielos, a los ritmos naturales que dictan la vida y la muerte. Estas esculturas fueron erigidas para buscar protección, para comprender los designios de la naturaleza a través de la observación del **Kozumi**, para leer el mensaje que solo las nubes podían ofrecer. Pero el viento ha barrido los años, y ahora esas esculturas se encuentran abandonadas, dispersas, olvidadas. Ya no son deidades, ya no son mensajes. Son fragmentos de un lenguaje que ya no se habla.

***

Lo que queda de esas esculturas abandonadas es más que piedra. Es más que una forma erosionada. Son los restos de un pacto roto, una vez sellado con la mirada de los cielos. Fueron creadas para conectarse con lo intangible, con lo divino, con las nubes, los vientos, el misterio atmosférico que una vez les otorgó significado. Hoy, la erosión, el paso del tiempo, las ha dejado mudas. Lo que fue una conversación entre el hombre y la naturaleza se ha transformado en un susurro lejano, casi inaudible. Y sin embargo, esas formas perdidas, esas ruinas dispuestas por el viento, siguen siendo un recordatorio: no solo de

lo que fue, sino de lo que podría haber sido, si alguien aún pudiera leer el lenguaje que ellas guardan[12].

[12] Las esculturas abandonadas en distintas islas cercanas, diseñadas para interactuar con las nubes y fenómenos atmosféricos, son testimonios de la creatividad y espiritualidad de culturas antiguas. Estas estructuras fueron erigidas para establecer una conexión profunda con la naturaleza y comprender la importancia de los ciclos naturales en la vida humana. Hoy en día, aunque muchas de estas esculturas yacen en el olvido, siguen siendo un recordatorio de la riqueza cultural e histórica de estas islas y la relación íntima que las comunidades mantenían con la naturaleza y sus misterios. Su preservación y estudio son fundamentales para entender la interacción entre la humanidad y el entorno natural a lo largo de la historia.

A lo largo de la historia, artistas y visionarios han creado esculturas y estructuras en distintas islas cercanas con el propósito de interactuar y conectarse con la naturaleza, incluyendo las nubes y fenómenos atmosféricos. Estas creaciones fueron influenciadas por la milenaria práctica del Kozumi, centrada en la observación de las nubes y su importancia para predecir eventos climáticos y conectar con lo divino. Sin embargo, con el paso del tiempo y el abandono de estos lugares, estas esculturas ahora yacen desatendidas, testigos silenciosos de un pasado creativo y espiritual.

La danza errática de la luz y la sombra

El Kozumi, esa práctica ancestral de leer las nubes, de hablar con los vientos y entender los susurros del cielo, ha permanecido, como un eco lejano, entretejida en el tejido de la creatividad humana. Las nubes, esos seres efímeros que se disuelven en el aire y regresan al olvido, han sido la musa de artistas modernos y contemporáneos. En el vaivén de sus fotografías, capturan la danza errática de la luz y la sombra, el tránsito fugaz de las formas, como si de un momento a otro, el cielo mismo pudiera desvanecerse. A través de estos ojos modernos, el Kozumi resucita, transformado, pero siempre fiel al anhelo de comprender la conexión humana con lo infinito.

Artista: Sakura Miyazaki

Obra: "Ephemeral Skies"

Sakura Miyazaki, una fotógrafa de la niebla, se ha sumido en el Kozumi como quien se sumerge en un sueño sin fin. En su serie "Ephemeral Skies", las nubes no son meras formaciones de vapor. Son espíritus errantes, viajeros del tiempo. Con la luz que juega entre ellas, Miyazaki captura lo que se disuelve en el aire, lo que se deshace en la mirada. Cada una de sus fotografías es un suspiro, una exhalación del cielo que dura solo lo que tarda el ojo en cerrarse.

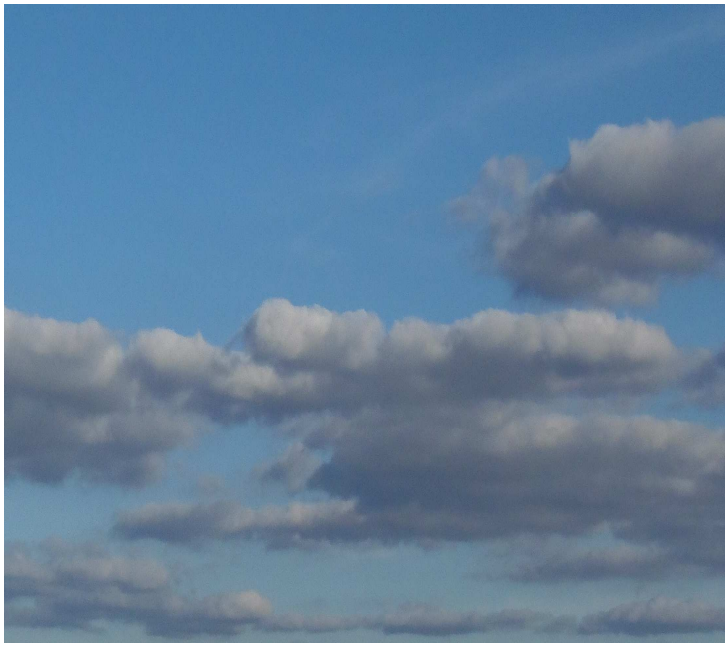
En la transitoriedad, ella encuentra la calma. Las sombras que se arrastran por la superficie del agua, la luz que se filtra entre las grietas del cielo: todo habla de una conexión silente entre la humanidad y la vastedad del universo. La obra de Miyazaki nos recuerda que la belleza está en lo que se va, en lo que nunca permanecerá.

Artista: Ethan Adams

Obra: "Celestial Rhythms"

Ethan Adams, con sus lentes enfocados en las arterias de las ciudades, ha visto en las nubes la misma danza que ve el viento entre los rascacielos. "Celestial Rhythms" no es solo una serie fotográfica; es un grito, una reflexión sobre el hombre y el cielo, sobre la neblina de cemento que se entrelaza con la atmósfera pura. Adams, influido por el Kozumi, ha observado cómo las nubes, esas criaturas erráticas, pueden tomar una forma espiritual incluso en los contornos rígidos de la arquitectura moderna. La ciudad, siempre presente, siempre imponente, parece diluirse ante el cambio de las nubes, que viajan en libertad mientras la humanidad permanece atrapada en sus horizontes de concreto. La obra de Adams se convierte en un recordatorio de que el vínculo con la naturaleza no

es algo que se pierda solo porque estemos rodeados de edificios; sigue allí, si solo prestamos atención al cielo que danza por encima.



Artista: Isabella Morales

Obra: "Dreams of the Sky"

Isabella Morales, de la tierra donde los Andes tocan el cielo, ha capturado en "Dreams of the Sky" lo que no puede ser dicho con palabras. En sus paisajes remotos, las nubes flotan como sueños olvidados, suspendidos entre el aquí y el allá, en un vasto océano de aire. Morales, inmersa en el Kozumi, ha observado el cielo como un espejo del alma, un reflejo que se diluye y vuelve a formarse con cada ráfaga de viento. En sus imágenes, las nubes no son solo vapor; son sueños que existen en el borde de la percepción, una invitación a reflexionar sobre nuestra pequeña existencia ante la inmensidad del cosmos. Hay misterio en esas nubes que se disipan y se transforman, un recordatorio de que todo lo que es, será algún día nada. Y en ese nada, encontramos todo.

El Kozumi sigue siendo una chispa vital para los artistas que hoy miran las nubes y el aire. Cada fotógrafo, con su lente como un ojo que busca respuestas, abre una puerta hacia el pasado mientras redefine el presente. En sus imágenes, lo efímero no es solo un concepto; es un testimonio de lo fugaz, de lo que se desvanece, pero también de lo que queda en el aire. A través de

la observación de las nubes y el cielo, la tradición del Kozumi resucita, no como algo del pasado, sino como una brújula que orienta nuestra mirada hacia lo eterno, hacia el misterio que sobrevuela cada rincón del mundo. La belleza se encuentra en la transitoriedad, en lo que se va y nunca regresa, pero deja en su estela un rastro que perdura, incluso cuando el viento ya lo ha borrado[13].

[13] La práctica del Kozumi puede servir como una fuente de inspiración para los artistas contemporáneos que se dedican a la fotografía de paisajes y la captura de la belleza efímera de las nubes y el cielo. Cada artista aborda la temática de manera única, pero todos comparten una apreciación por la naturaleza y una conexión con la tradición milenaria del Kozumi. La observación de las nubes y los fenómenos atmosféricos continúa siendo una fuente de inspiración para la expresión artística y la contemplación de la belleza y la transitoriedad del mundo que nos rodea.

Cartílago flotante en el paladar del cielo

Kozumi no es una práctica. Es un órgano latente, traslúcido, que crepita entre los dientes del clima. Una coreografía de lóbulos atmosféricos, desollada por el bisturí del ojo humano, que ha dejado esporas de su trance en la epidermis ulcerada del arte contemporáneo. No se observa el cielo, se le supura. Y de esa herida luminosa emergen criaturas: danzas ectoplasmáticas, taxonomías de vapor, sinfonías calcificadas en humedad, y órganos de arcilla con fiebre de nube.[14]

Las Danzas del Desprendimiento:

En las tripas de los teatros post-humanos, cuerpos sin plomo flotan como párpados extirpados. Son autómatas de nubes desprogramadas que no bailan, se evaporan. Coreógrafos-médiums, con vértebras de resorte, canalizan la topografía aérea: movimientos que sangran en ondas, como si las extremidades fueran antenas sintonizando tormentas. Cada giro es un susurro del firmamento cayendo en espiral. El público no observa —es absorbido. La danza no ocurre sobre el escenario, sino en las sinapsis del que mira, como un delirio compartido.[15]

---

[14] Kozumi, como práctica de observación de nubes y fenómenos atmosféricos, ha dejado su huella en las artes contemporáneas de diversas formas creativas e innovadoras. En esta sección ficticia, exploraremos cómo las danzas inspiradas en las nubes, las clasificaciones artísticas, la música que evoca los patrones de las nubes y los instrumentos hechos en arcilla para "hacer sonar" las nubes, se han fusionado en la expresión artística contemporánea.

[15] En la escena de las artes escénicas contemporáneas, coreógrafos y bailarines han encontrado inspiración en el Kozumi para crear danzas que imitan la fluidez y la gracia de las nubes en el cielo. Las

Taxonomía del Éter:

Artistas con síndrome de altitud clasifican nubes como quien disecciona el alma de un sueño. Acrílicos que huelen a ozono, carboncillos que crujen como cielos rotos. Hay quienes moldean cúmulos como carne tibia, y otros que disecan cirros con bisturís de luz. Estas obras no representan nubes: las invocan, las encarnan, las hacen confesar. Cada trazo es un alfabeto atmosférico, un intento por domesticar lo que se disuelve. Y el Kozumi, ese acto de mirar lo que huye, se convierte en acto de resistencia lírica[16].

Sonidos del Viento Enclaustrado:

Compositores en estado de levitación perenne erigen sinfonías suspendidas con ritmos que gotean desde la estratósfera. Sintetizadores hechos de jade, cuerdas tensadas con la ansiedad de una tormenta eléctrica. Cada nota es un eco de la nube que aún no existe. La música no se escucha: se inhala. Un soplo de eteroma con la temperatura exacta del desapego. El oyente se

---

coreografías incorporan movimientos ondulantes, suaves y etéreos que evocan el cambio constante de las nubes en el firmamento. Las danzas de las nubes buscan representar la belleza efímera y la conexión con la naturaleza, proporcionando una experiencia poética y sensorial para el público.

[16] En el ámbito del arte contemporáneo, artistas han creado clasificaciones visuales y conceptuales de las nubes, utilizando distintas técnicas y estilos para representar los patrones y formas atmosféricas. Algunos artistas han adoptado un enfoque abstracto, jugando con colores y texturas para evocar la esencia de las nubes. Otros han optado por una representación más realista, capturando detalladamente la apariencia y la luz en diferentes momentos del día. Estas clasificaciones artísticas invitan al espectador a reflexionar sobre la fugacidad de la naturaleza y la conexión con el mundo a través del Kozumi.

convierte en altavoz de la atmósfera, recipiente de un mensaje que no fue escrito para humanos.[17]

Arcilla Instruida por el Vapor:

Luthiers chamánicos, con las manos untadas en tierra que alguna vez fue cielo, hornean instrumentos que sudan humedad ancestral. Flautas con poros, tambores que tiemblan. No se tocan: se susurran. Cada instrumento es un pulmón prestado, una lengua de barro que traduce los balbuceos del viento. Son máquinas de transducción emocional entre el firmamento y el músculo. Al sonar, no producen música, sino grietas en el tiempo seco[18].

Conclusión que se Autodesintegra:

Esto no es ficción, es profecía en forma de arte. Kozumi es la úlcera mística que supura belleza efímera. Las disciplinas no se mezclan, se funden, se deshacen como hielo seco sobre la lengua del universo. El arte, bajo el influjo de Kozumi, ya no busca representar: quiere reencarnar. Nos recuerda, entre

[17] La música también ha sido influenciada por el Kozumi, y compositores contemporáneos han creado piezas musicales que evocan la sensación de estar inmerso en las nubes y el cielo. A través de la elección de instrumentos y la manipulación del sonido, estos artistas buscan transmitir la experiencia de la observación tranquila y contemplativa de las nubes. Los patrones rítmicos y las texturas melódicas reflejan la danza etérea de las nubes en el cielo, brindando una experiencia auditiva envolvente y evocadora.

[18] En el mundo de la creación de instrumentos musicales, algunos luthiers contemporáneos han experimentado con la arcilla para diseñar instrumentos inspirados en la práctica del Kozumi. Estos instrumentos, como flautas o tambores, se crean con formas y texturas que imitan la apariencia y el tacto de las nubes. Al tocar estos instrumentos, los músicos pueden buscar conectarse con la naturaleza y evocar la atmósfera etérea de las nubes en sus composiciones musicales.

espasmos de lirismo, que observar el cielo es un acto de fe y de despedida simultáneamente.[19]

Cronomancia atmosférica en el celuloide del delirio[20]

En la médula de los días que aún no nacen, Kozumi gotea. No como práctica, sino como reliquia pre-óvulo, susurrada entre mandíbulas tectónicas. Es el ojo que parpadea dentro de las nubes, el códice atmosférico que infectó el celuloide de quienes sabían ver con la epidermis. En este documento apócrifo,

[19] Este escenario refleja cómo la observación de las nubes pueden influir en expresiones artísticas contemporáneas. Las danzas, clasificaciones artísticas, música e instrumentos inspirados en las nubes buscan transmitir la belleza efímera y la conexión con la naturaleza, llevando al público a un viaje contemplativo y poético. La práctica del Kozumi sigue siendo una fuente de inspiración para los artistas contemporáneos, recordándonos la importancia de apreciar y conectarnos con el mundo natural que nos rodea.

[20] Kozumi, la ancestral práctica de observación de nubes y fenómenos atmosféricos, ha sido una fuente de inspiración para cineastas orientales del siglo XX que se han dedicado a explorar la conexión entre el ser humano y la naturaleza. En este informe ficticio, examinaremos cómo los directores Andrei Tarkovsky y Hayao Miyazaki han empleado la temática de las nubes como protagonistas en sus obras cinematográficas, reflejando así la tradición del Kozumi y su apreciación de la belleza efímera del cielo.

interceptamos los desvaríos nublados de Tarkovsky y Miyazaki: dos alquimistas del éter que embalsamaron la mirada del cielo con emulsión fílmica. No filmaron nubes. Les prestaron su piel.

Tarkovsky – Solaris (1972) y el Evangelio del Gas Neurótico[21]:

Tarkovsky, ese médium de agua estancada, ese cirujano del tiempo que sangra lento, colocó a Solaris como una placa de tórax contra el universo. El planeta, vestido de tumor celeste, supura nubes como pensamientos que no quieren nacer. En su superficie, niebla de útero viejo; en su núcleo, el reflejo de lo no dicho. Las nubes de Solaris no son atmósfera, son lapsus. Son los residuos de la memoria postraumática de un dios que olvidó cómo soñar. Tarkovsky no las filma: las deja filtrar por las costuras del fotograma. Kozumi aquí es inquisición interna, observación como acto quirúrgico. Mirar la nube es abrir la cicatriz de la mente, lamerla, y volver a cerrar con saliva cósmica.

Miyazaki – Nausicaä del Valle del Viento (1984) y el Evangelio del Polvo[22]:

[21] Andrei Tarkovsky, célebre por su enfoque poético y metafórico, utilizó la temática de las nubes en "Solaris". En esta película, el planeta Solaris está cubierto por densas y misteriosas nubes que envuelven la superficie. Tarkovsky empleó esta imagen para representar la naturaleza desconocida y enigmática del espacio exterior, así como el mundo interior y subconsciente de los personajes principales. La observación de las nubes en "Solaris" se convierte en un reflejo de la introspección humana y la fascinación por lo desconocido.

[22] El aclamado director de animación Hayao Miyazaki ha demostrado su profundo amor por la naturaleza en muchas de sus películas, y en "Nausicaä del Valle del Viento" no es la excepción. En esta obra, las nubes tóxicas que amenazan el Valle del Viento juegan un papel central. Miyazaki empleó las nubes como una metáfora de la fuerza impredecible y salvaje de la naturaleza, transmitiendo un mensaje sobre la necesidad de proteger y respetar el entorno natural. La observación del cielo y las nubes en esta película es una llamada a la armonía con la naturaleza y una advertencia sobre las consecuencias de la irresponsabilidad humana.

Miyazaki, cartógrafo de espíritus radioactivos, convirtió el cielo en una herida respirable. En Nausicaä, las nubes no flotan —agonizan. Son esputos tóxicos expulsados por la culpa industrial, nubarrones que recitan epitafios en lenguas que sólo los insectos entienden. Nausicaä no las teme, las navega como quien surfea el luto de la Tierra. Las nubes son juicio, pero también redención gaseosa. El Kozumi aquí deviene conjuro: una lectura sagrada del cielo para no olvidar que el planeta no nos necesita. La cámara no observa el cielo: es tragada por él.

Epitafio en Neblina:

Este informe fragmentado (o profecía con seudónimo), documenta no películas, sino autopsias del cielo filmadas por dos sacerdotes de la imagen. Kozumi no es inspiración —es posesión meteorológica. Tarkovsky y Miyazaki no usaron las nubes como recurso: las invocaron como personajes, las dejaron apoderarse del encuadre, reescribir la gramática del clima con líneas de sombra. En sus cintas, la nube es madre, espejo, amenaza, oráculo, úlcera y flor. La práctica ancestral de mirar al cielo se convierte en rito de tránsito entre lo visible y lo inefable.

Así, Kozumi sigue soplando en los pliegues del celuloide, recordándonos —entre relámpagos y susurros de vapor— que observar una nube es oír cómo se descompone el tiempo.[23]

---

[23] El Kozumi, la práctica de observación de nubes y fenómenos atmosféricos, ha inspirado a cineastas orientales del siglo XX a explorar la belleza y la trascendencia de la naturaleza en sus obras cinematográficas. Andrei Tarkovsky y Hayao Miyazaki, en sus respectivas películas, han utilizado las nubes como protagonistas para transmitir mensajes sobre la introspección humana y la importancia de preservar y respetar el mundo natural. La observación de las nubes, en sus obras, se convierte en una poderosa metáfora de la conexión entre el ser humano y la naturaleza, perpetuando así la tradición del Kozumi y su apreciación de la efímera belleza del cielo.